

IDEAS FILOSÓFICAS EN LA BASE DE UN PROYECTO DE IDENTIDAD ARGENTINA

MARÍA FÁTIMA LOBO*

RESUMEN

Domingo Faustino Sarmiento es una figura decisiva en la configuración y constitución de nuestra nacionalidad. Su obra, *Vida y obra de Juan Facundo Quiroga*, constituye una pieza clave para develarnos: ¿cómo pensaba Sarmiento la identidad de la nación a fundar? y ¿en qué filosofía de la historia se fundaba su proyecto de nacionalidad? Para ver como pensó Sarmiento la identidad Argentina será menester detenernos a analizar quiénes son los “otros” en relación con los cuales se iba a levantar la identidad nacional y analizar cuáles son las estructuras profundas que moldean dicha identidad en su aspecto relacional. Nuestra opción metodológica se apoya en una propuesta estructuralista que se niega a analizar la identidad como una totalidad aislada y cerrada. Nos proponemos realizar una operación de destotalización que entendemos indispensable para nuestra cuestión.

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, Argentina.

PHILOSOPHIC IDEAS IN THE BASIS OF A PROJECT OF ARGENTINIAN IDENTITY

MARÍA FÁTIMA LOBO*

ABSTRACT

Domingo Faustino Sarmiento has had a leading role in the constitution of our nationality. His work *Life and work of Juan Facundo Quiroga* is the key work in which it is revealed to us what did Sarmiento think about the identity of the nation that was in the middle of the process of being founded, and also which philosophy of history was the basis for his project of nationality. In order to find how did Sarmiento think about argentinian identity it is necessary to analyze who are the *others* in reference to whom that national identity was to be built. And also to analyze which are the deep structures that form such identity in its relational aspects. Our methodological option is supported by a structuralist proposal that refuses to analyze identity as an isolated and closed totality. We aim is to make an operation of *de-totalization* that we understand as totally necessary for our subject.

*Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, Argentina.

“[...]Sarmiento más que un literato o un político es el ciclópeo fundador de una nación”¹.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO es una figura decisiva en la configuración y constitución de nuestra nacionalidad. Su obra, *Vida y obra de Juan Facundo Quiroga*, constituye una pieza clave para develarnos: ¿cómo pensaba Sarmiento la identidad de la nación a fundar? y ¿en qué filosofía de la historia se fundaba su proyecto de nacionalidad?

Nos proponemos, pues, latinoamericanos al fin, una investigación sobre el tema de la identidad, en este caso, la identidad de un colectivo humano, la nación Argentina.

Ahora bien, para ver como pensó Sarmiento la identidad Argentina será menester detenernos a analizar quiénes son los “otros” en relación con los cuales se iba a levantar la identidad nacional y analizar cuáles son las estructuras profundas que moldean dicha identidad en su aspecto relacional.

Nuestra opción metodológica se apoya en una propuesta estructuralista que se niega a analizar la identidad como una totalidad aislada y cerrada. Dos trágicos extremos se presentan como alternativas al plantear esta cuestión.

En el primer caso nos encontramos con el viejo pero nunca perimido prejuicio etnocéntrico por el cual un grupo humano se concibe como el prototipo de toda humanidad. Lévi-Strauss nos lo explica así:

La humanidad cesa en las fronteras de la tribu, del grupo lingüístico, a veces hasta del pueblo; [...]implicando así que las otras tribus, grupos o pueblos no participan de las virtudes o aún de la naturaleza humana[...]².

En este caso se mira al extranjero como un peligro del que hay que cuidarse o, incluso, al que habrá que combatir o eliminar³. Así, la identidad es una singularidad que se preserva gracias a una orgullosa

1. FEINMANN, José Pablo, *Filosofía y Nación*, Editorial Ariel, Buenos Aires, 1996. p. 247.

2. LÉVI STRAUSS, Claude, *Antropología Estructural*, Ediciones Siglo XXI, México, 1984. p. 309.

3. *Op. Cit.*, p. 308.

conciencia de la propia diferencia y se consolida gracias a una separación de lo otro; como una singularidad desconectada “*sueño de raigambre en el espacio insular de una separación*”⁴.

En el otro extremo encontramos una actitud que aparentemente reivindicaría las diferencias reuniéndolas a todas en una identidad de unidad mayor, esto es, la idea de ‘humanidad’. Esta identidad universal del hombre consigo mismo fue una de las construcciones teóricas más elaboradas por la modernidad e implicó un importante paso en orden al reconocimiento simbólico de otredades. Desde entonces la humanidad no termina ya en los límites de mi tribu, grupo o pueblo. Desde entonces se habla del ‘ciudadano universal’.

Según J. M. Benoist nos encontramos en presencia de una nueva cara del etnocentrismo. En efecto, la modernidad postuló con el concepto de ‘naturaleza humana’ una igualdad *‘per se’* de todos los hombres. Dicha igualdad fue enunciada por un centro, Europa, que con una fuerte conciencia mesiánica se concibió a sí misma como el prototipo de la civilización humana en expansión. Nueva trampa etnocéntrica que bajo la proclama de universalidad suprime las diferencias produciendo una homogeneización de las culturas en el seno de una pretendida identidad salvadora superior.

Ni reconocimiento ni respeto de las otredades. Es, al decir de Benoist, *la forma inconfesada de un etnocentrismo de la anexión, que ‘convierte lo otro en lo mismo’*⁵; identidad en expansión, uniformante y por tanto poco respetuosa de las diferencias a las que impondrá como destino la inclusión por absorción o la exclusión y, en sus formas extremas, la eliminación.

Ambos polos del egocentrismo cultural resultaron igualmente peligrosos y trágicos. Ellos han precedido sucesivas experiencias de conquistas y opresiones, resultado de lo cual la identidad deviene en permanente problema no sólo en relación con lo otro sino también en relación a sí mismo.

4. BENOIST, Jean Marie, “Facetas de la Identidad” en *La Identidad, Seminario Interdisciplinario*, dirigido por Lévi Strauss, Ediciones Petrel, Barcelona, 1989. Pág. 12.

5. *Op. Cit.*, p. 17.

Nos proponemos, en consecuencia, realizar una operación de destotalización que entendemos indispensable para nuestra cuestión. Insistimos, la problemática de la alteridad está esencialmente unida a la cuestión de la identidad, la diferencia no sólo hay que pensarla fuera sino en el seno mismo de la identidad, por lo tanto, nos proponemos descentrar desde el inicio el objeto de estudio para centrar nuestra investigación en la relación de identidad que ésta presenta con otros grupos.

Así pues, si queremos ver cómo ha pensado y forjado Sarmiento la identidad argentina, habrá que analizar quiénes son 'los otros' con los que tienen que habérselas nuestros fundadores, qué relaciones establecieron con ellos y cuáles resultaron inconcebibles para su proyecto de nación.

NOSOTROS Y LOS OTROS

EN 1845, EXILIADO EN CHILE, Sarmiento se decide a escribir y publicar una obra que gira en torno a la *vida y obra de Juan Facundo Quiroga* y que con posterioridad se conocería simplemente como el "Facundo". Desde sus primeras páginas Sarmiento nos explica los motivos de esta elección. Para él, evocar la *sombra terrible de Facundo*, es evocar: el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre.⁶ Afirma:

[...] en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente sino una manifestación de la vida argentina, tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno⁷.

Su verdadero propósito es explicitar, objetivar, analizar, a través de Quiroga, el 'modo de ser' de un pueblo, la República Argentina. Ahora bien, el ser de este pueblo no es algo definitivo, sino como algo que se está forjando, algo problemático, más aún, enigmático: "*un nuevo modo de ser que no tiene antecedentes marcados y conocidos*"⁸. Además, se trata de un ser que se forja en una lucha, inconclusa aún, entre dos principios, o intereses extremadamente excluyentes. Y esta lucha lo constituye:

6. SARMIENTO, Domingo F., *Facundo*, Ediciones Kapelusz, Buenos Aires, 1971. p. 53.

7. *Op. Cit.*, p. 61.

8. *Op. Cit.* p. 55.

[...] un nuevo mundo en política, una lucha ingenua, franca y primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano y los rudimentos de la vida salvaje, entre las ciudades populosas y los bosques sombríos.⁹

En este sentido Sarmiento, al igual que los escritores nacidos con la revolución de Mayo, asume el compromiso de esclarecer, fundar, constituir una nacionalidad, lo que algunos llamaron 'voluntad de esclarecimiento del ser nacional'. Hay en su obra un permanente intento teórico de delimitación de la identidad nacional: ¿en qué consiste lo propio de nuestra identidad nacional? ¿qué es lo propio?.

Queda pues, expresado así el dilema argentino: *ser o no ser salvajes*. ¿Con qué identificarnos, con *Los últimos progresos del espíritu humano* o con los *rudimentos de la vida salvaje*¹⁰?

DELIMITACIÓN CONCEPTUAL

EN EL TÍTULO mismo de esta obra aparecen dos categorías centrales, 'civilización y barbarie'. ¿Qué enuncian? ¿Qué anuncian? ¿Cómo llegan hasta nosotros?

Maristella Svampa en su obra *El dilema argentino: civilización o barbarie* nos dice que el concepto "civilización" tuvo un lugar eminente entre las ideas-imágenes que han atravesado la época moderna. Inicialmente el término 'civilización' comenzó expresando un proceso creciente de refinamiento de las costumbres, pero muy pronto se resignificará dando lugar a dos acepciones: 1) Un sentido diacrónico según el cual se indica el movimiento o proceso por el cual la humanidad había salido de un estado de barbarie original y evolucionado hacia un perfeccionamiento colectivo e ininterrumpido. Así, su utilización como verbo servirá para designar la acción de unos por sacar a otros del estado de barbarie y 2) Un sentido sincrónico con el que se designa un 'estado de civilización', 'un hecho actual' observable en ciertas sociedades europeas.

9. *Op. Cit.* p. 56.

10. *Op. Cit.* p. 58.

Ambos sentidos anunciaban, además, el nacimiento de una nueva concepción de la historia en la que se contenía la idea de un dinamismo universal, que une al género humano y que lo empuja a un progreso indefinido, más allá de las fronteras geográficas.

Por su parte, con la idea de “progreso” se supone la *emancipación del devenir humano de todo imperativo trascendente*. Dicho concepto comienza a debatirse en los siglos XVII y XVIII hasta que en el XIX lo encontramos ya instalado *sin discusión en el universo mental de los hombres*. La ilustración generalizó esta categoría que implicaba tanto la creencia en la perfectibilidad humana (las leyes y las instituciones pueden moldear el carácter de los hombres) como la creencia en la unidad del género humano expresada en la idea de cooperación entre los hombres. Guizot, el gran historiador, nos explica así:

Y civilización significa progreso y desarrollo. La palabra despierta al ser pronunciada, la idea de un pueblo en movimiento, no para cambiar de lugar sino de estado, un pueblo cuya condición consiste en extenderse y mejorar. La idea de progreso, de desarrollo, me parece que es la idea fundamental que se contiene en la palabra civilización¹¹.

Coriolano Alberini¹², estudioso de las ideas filosóficas en la Argentina, señala una concepción del progreso de cuño iluminista, cuyo máximo representante sería Rivadavia, y otra de cuño historicista encarnado por los jóvenes de la generación del 37, principalmente Alberdi y Sarmiento.

Para el iluminismo la historia es un proceso que en sí mismo carece de sentido y de fin, porque la razón no la habita. Más bien se piensa la razón como trascendente a la historia por lo cual ésta *puede ser muy bien un mero repertorio de injusticias y supersticiones*. Aún así, creyeron

11. *Op. Cit.*, p. 19.

12. ALBERINI, Coriolano, *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*, Edic. Universidad Nacional de La Plata, Buenos Aires, 1966. pp. 85-120. Nos recuerda el carácter práctico de la filosofía argentina lo cual explica que esta noción, tan fuertemente presente en nuestros ideólogos y estadistas, no halla sido discutida en su instancia última, más bien, nuestros prohombres adoptaron determinada noción del progreso, procurando aplicarla a la realidad argentina

fervientemente en el poder de la razón humana, *suprema creadores de ideales*, para imprimirle racionalidad y sentido al devenir histórico. Dice Alberini: *La historia es lo que el hombre racional quiere que sea*. Así, el progreso fue el ideal elaborado e impuesto a la historia por la razón humana.

Entre fines del siglo XVIII y principios del XIX surge una nueva concepción, la teoría historicista del progreso. Alberini nos la explica así: [...] *cada momento de la historia, así sea el más humilde, en cualquier época o lugar, si en conjunto se le contempla, constituye un progreso* pues la historia responde a un plan providencial de cumplimiento necesario. Los románticos imaginaron que el perfeccionamiento de la humanidad se cumplía paulatinamente a lo largo del tiempo, de manera tal que *historia y progreso son términos idénticos*. Así, el progreso, ‘telos’ de la historia universal, no es una imposición de la racionalidad humana, sino descubrimiento de un destino universal e irreversible.

Con respecto al concepto ‘barbarie’, se lo usó en la modernidad para designar lo opuesto a la civilización. En pleno siglo XVIII funcionó en dos sentidos: a) para designar la existencia de un estado anterior (primitivo) en el cual permanecían ciertas culturas contrapuestas o simplemente diferentes al estado actual de las sociedades europeas; b) para designar la alteridad.

En cualquiera de estos casos “bárbaro” es un concepto que no define sino que califica al otro, estigmatizándolo. Tal acción fue realizada por una civilización que se comprendió a sí misma como valor legitimante. Como dice Starovinski:

[U]n término cargado de sacralidad demoniza su antónimo. La palabra civilización, si ya no designa más un hecho sometido a un juicio, sino más bien un valor incontestable, entra en el arsenal verbal de la alabanza o de la acusación [...] Ella deviene un criterio por excelencia: se juzgará en nombre de la civilización. Se debe tomar su partido, adoptar su causa. [...] O, inversamente, ella funda una condena: todo lo que no es civilización, todo lo que se le resiste, todo lo que la amenaza, toma la figura de monstruo o de mal absoluto¹³.

Así el concepto bárbaro, es una expresión carente por completo de neutralidad. Es una expresión cargada de un juicio valorativo que descalifica al otro, a su cultura, a su raza, a su lengua, a sus dioses. Quien dice bárbaro no sólo se ubica frente al otro en un lugar de superioridad sino de juez con poder para decidir, incluso, si el otro pueblo, religión o cultura puede seguir existiendo, bajo qué condiciones, a cambio de qué tributos. Esta filosofía del progreso y de la civilización dio sustento a una ideología de la colonización y en el siglo XIX, diferentes países europeos en nombre de la unidad del género humano se lanzaron en “misión civilizadora” sobre pueblos que juzgaron atrasados.

Hasta aquí, la imagen de la barbarie contrapuesta al binomio civilización-progreso, hacía referencia a una realidad que se encontraba fuera de la polis, o del imperio, o en definitiva, fuera de Europa. Un rápido deslizamiento de esta imagen al plano político y social planteó esta oposición en el seno mismo de las sociedades europeas. Así, durante la revolución francesa la barbarie fue asociada tanto a la tiranía y a la arbitrariedad como a la ignorancia, características del antiguo régimen. La barbarie anunciaba inversión del orden y violencia del populacho. Ella no venía de afuera, estaba en el interior mismo de Europa¹⁴ Surgió así, durante la época del terror, la noción del ‘enemigo interno’.

En el siglo XIX en Francia la ascendente burguesía puso en juego un nuevo mecanismo legitimador. Ella hablará, de acuerdo a la acción que despliega en las sociedades modernas ya en nombre del progreso, ya en nombre de ciertos valores de civilización. Este nuevo mecanismo de legitimación presenta básicamente dos aspectos: 1) la fuente del poder legitimante es la voluntad popular, 2) al mismo tiempo la burguesía se autoproclama representante del pueblo y heredera de las luces a la vez que se impone frente al pueblo una acción educativa a desarrollar.

La revolución industrial venía a confirmar que en el interior de las sociedades más “civilizadas” del continente, aún existía la barbarie. En ambos casos esta recurrencia a las imágenes del bárbaro o del enemigo

13. *Op. Cit.* p. 20.

14. SVAMPA, Maristella, *El dilema argentino: Civilización o Barbarie*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993. pp. 21- 22.

interno, da cuenta también de un fuerte sentimiento de fragilidad de lo social, de la posible disolución del nuevo orden, debido a la precariedad de los lazos sociales, en definitiva, el miedo a caer en un estado de desorden absoluto. Por otro parte, la oposición entre civilización y barbarie es ejemplificada también por el contraste entre la vida del campo y la vida de la ciudad.

En síntesis, la autora señala tres funciones básicas de la imagen civilización y barbarie: 1) Como mecanismo de invectiva política que busca desacreditar al adversario, 2) como mecanismo de legitimación política de una clase social, la burguesía, que se autoproclama como depositaria de los valores de progreso y civilización y 3) Como imagen que vehiculiza el fantasma de la desagregación social y se revela en ello como una representación de lo social.

En la historia sociopolítica de América Latina la imagen civilización-barbarie, funcionó en los tres órdenes: 1) como metáfora que irriga el campo político, 2) como principio de legitimación del orden político durante el período de construcción de los estados nacionales y 3) como representación social de una sociedad amenazada por el riesgo de su propia descomposición, especialmente durante los períodos de transición, caracterizados por la yuxtaposición de referentes tradicionales y modernos.

En el caso de Sarmiento, la imagen civilización-barbarie, presente ya en la literatura americana del siglo XIX, le llega a través de la obra de Fenimore Cooper. Dos de sus novelas influyeron en nuestro escritor: "El último de los mohicanos" del año 1826 y "La pradera" de 1827, esta última portadora del célebre dilema, traducida al español en el año 1833.

NOSOTROS

COOPER NARRA la historia de los colonos anglosajones que en Norteamérica encarnaban las fuerzas de la civilización y su lucha contra la vida salvaje de los indios de aquella región. Pero en la realidad descrita por Cooper, la derrota de la barbarie por las fuerzas de la civilización era ya un hecho inminente. La lucha entre esos dos mundos excluyentes estaba a punto de resolverse definitivamente: exterminio

de la barbarie por expansión y toma de posesión de la civilización y del progreso.

Nada más distante de lo que ocurría en Sud América. En 1845, el diagnóstico de la realidad arrojaba como resultado el triunfo aplastante de la barbarie, pues, Rosas ocupaba el máximo lugar de poder de la República legitimado, además, por el voto popular. Sarmiento se embandera en pos de la civilización y el progreso. Dicha bandera era privilegio de las clases ilustradas de las metrópolis siempre desconfiadas de las clases populares y, por lo tanto, contrarias al sufragio universal.

En el *Facundo*[...], una vez enunciadas las partes del dilema, Sarmiento se ubica en un 'nosotros' que ineludiblemente se enfrenta y combate a la barbarie y que lucha por expandirse e imponerse como 'la identidad argentina sin más'. ¿Quiénes constituyen este nosotros?

En el capítulo I, se asocia este nosotros a los que quieren identificarse con 'la civilización'¹⁵. Su escenario es *la ciudad*, es decir, la asociación más humana que se conozca, condición de posibilidad de toda cultura y de toda civilización. Así, sostiene que durante la Revolución de Mayo la guerra ha sido doble: por un lado, fue guerra de las ciudades, iniciada en la cultura europea, contra los españoles; por otro, fue guerra de los caudillos, hombres del campo, contra las ciudades, es decir, contra toda sujeción civil, contra toda civilización. En el primer caso, triunfaron los patriotas sobre los españoles, en el segundo, en cambio, el triunfo, hasta entonces, parecía estar del lado de la barbarie del interior que había llegado hasta la mismísima Buenos Aires para dejarle a Rosas con la suma del poder público:

Esta es la historia de las ciudades Argentinas. [...] Ahora el nivel barbarizador pesa sobre todas ellas. La barbarie del interior ha llegado a penetrar hasta las calles de Buenos Aires¹⁶.

Este nosotros con el que se identifica Sarmiento está formado por hombres de las ciudades argentinas, de su vida, de su cultura, continuación, al fin, de las europeas. Por eso afirma: *Pregúntasenos*

15. *Op. Cit.*, p. 72.

16. *Op. Cit.*, p. 123.

*ahora, ¿por qué combatimos? Combatimos para volver a las ciudades su vida propia*¹⁷.

En el capítulo VII, señala cuidadosamente la diferencia entre esos dos proyectos de país, evidentemente excluyentes encarnados en las figuras de Rivadavia y Rosas:

Que le quede, pues, a este hombre, ya muerto para su patria, la gloria de haber representado la civilización europea en sus más nobles aspiraciones, y que sus adversarios cobren la suya, de mostrar la barbarie americana en sus formas más odiosas y repugnantes; porque Rosas y Rivadavia son los dos extremos de la República Argentina, que se liga a los salvajes, por la pampa y a la Europa, por el Plata¹⁸.

Sarmiento se ubica en una línea heredera del proyecto rivadaviano, en tanto este proyecto buscaba *La Europa, en fin*, para vaciarla de golpe en la América. Al fin, Sarmiento declara su pertenencia a la generación de *jóvenes ilustrados* que irrumpe en la vida pública inmediatamente después de los unitarios del año 25, es la llamada 'generación del 37'. Sus hombres interpretan que eran los intelectuales, al tanto de las últimas teorías sociales, políticas, filosóficas los llamados a realizar una tarea de análisis y esclarecimiento de la compleja y enigmática realidad nacional¹⁹. La organización política de la República constituía un problema cuya resolución era cuestión del pensamiento²⁰, esto es, tarea de la élite de intelectuales de las ciudades, sobre todo, de Buenos Aires.

En el último capítulo de esta obra, nos da su testimonio sobre el bloqueo francés al puerto de Buenos Aires durante el gobierno de Rosas. Dicho bloqueo había iniciado en febrero del año 1838 y terminó el 31 de agosto de 1850, o sea, cinco años después de la publicación del *Facundo*[...] ²¹.

17. *Op. Cit.* p. 124.

18. *Op. Cit.*, p. 166.

19. *Op. Cit.*, p. 54.

20. Cfr. PIOSSEK DE ZUCCI, Lucía, "Pensamiento Filosófico de la generación del 37" en *Alberdi*, publicación conjunta del Instituto de Historia y Pensamiento Argentinos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 1981. pp. 91-94. Se llama "optimismo teórico" a la comprensión del *papel histórico de su generación como una misión de esclarecimiento*

Como consecuencia de la política interior del gobierno rosista señala que *la población se había fugado a Montevideo*. Entre los exiliados se encontraban hombres de diversas extracciones políticas. La clasificación de Sarmiento: distingue 1) antiguos unitarios, 2) los federales de la ciudad, emigrados de 1833 en adelante, apodados lomos negros, 3) ex rosistas y 4) *la nueva generación que había llegado a la virilidad en medio de la destrucción del orden antiguo y la planteación del nuevo*²².

Estos últimos son presentados como una generación que, gracias a la gestión de Rivadavia, habían estudiado el movimiento político y literario de la Europa y de la Francia sobre todo. Sus autores principales eran Sismondi, Lerminier, Tocqueville, Jouffroy, Cousin, Guizot, etc²³. Eran, al fin, hijos del nuevo movimiento que el Siglo XIX europeo había producido y que generosamente se extendía a América. El Salón Literario de Marcos Sastre había sido su primer intento de asociación. Más tarde, *asociándose secretamente, proponíanse [...] hechar, en toda la República, las bases de una reacción civilizada contra el Gobierno bárbaro que había triunfado*²⁴. Los llama: *Nuevos apóstoles de la República y de la civilización europea*, más precisamente, *son los que cometieron aquel delito de lesa americanismo, los que se echaron en brazos de la Francia, para salvar la civilización europea, sus instituciones, hábitos e ideas en las orillas del Platas, fueron los jóvenes*²⁵.

Y por fin orgullosamente lo afirma: *en una palabra: ¡fuimos nosotros!*²⁶

Su orgullo no tiene límites, forma parte de aquel grupo de intelectuales argentinos que desde el exilio pactaron con los franceses en contra de un gobierno nacional elegido por el voto popular. Así pues, *diré en despecho de quien quiera que sea, que la gloria de haber*

racional, [...] dar un fundamento inteligente a lo realizado por las armas en la revolución Argentina.

21. *Op. Cit.*, p. 300.

22. *Op. Cit.*, p. 302.

23. *Op. Cit.*, p. 303.

24. *Op. Cit.*, p. 304.

25. *Op. Cit.*, p. 306.

26. *Op. Cit.*, p. 307.

*comprendido que había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, nos perteneció toda entera a nosotros.*²⁷ Luego explica cuáles eran los ideales, y los anhelos de este grupo:

La juventud de Buenos Aires llevaba consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra,[...] amor a las instituciones y a las letras que la Europa nos había legado y que Rosas destruía en nombre de la América[...].²⁸

En síntesis, diremos que este nosotros lo constituye la élite ilustrada y liberal de la República, 'la inteligencia Argentina', representantes en estas latitudes de las ideas del Siglo XIX y de la civilización europea, que se concentrará en Buenos Aires y desde allí, o desde el exilio más tarde, lucharán *por los principios de la civilización*, buscarán salvar sus instituciones, hábitos e ideas. En consecuencia, se organizan y se proclaman aliados de los poderes civilizados de Europa (sobre todo de Francia e Inglaterra) y así, totalmente mimetizados con los intereses europeos combatieron con la ayuda extranjera la causa americana, a sus ojos, bárbara: *En Montevideo, pues, se asociaron la Francia y la República Argentina europea, para derrocar al monstruo del americanismo hijo de la pampa;*²⁹.

Queda claro pues: ellos representan la 'República Argentina Europea', esto es, un determinado proyecto de país, liberal, moderno, progresista, europeísta. Su posibilidad de realización requería, justamente, no ser americano, es decir, el combate y la eliminación de ese otro proyecto de país, que desde la mirada, irremediamente europea de nuestros jóvenes ilustrados, representaba la barbarie, la anarquía, el desorden, la ignorancia, todo lo opuesto a la civilización y al progreso. Como se ve, estamos en presencia de un nosotros que se define por su afán de querer ser lo otro, Francia, Inglaterra o Estados Unidos, ser parte de la civilización con tal de no ser América, esto es, ni indio, ni gaucho, ni mestizo, ni moro todo lo cual queda enunciado con la palabra salvaje o con el estigma de la barbarie.

27. *Op. Cit.*, p. 307.

28. *Op. Cit.*, p. 307.

29. *Op. Cit.*, p. 308.

LOS OTROS

El *FACUNDO*[...] es una obra que reposa sobre la pregunta tácita ¿qué identidad darle a esta nueva nación? Las posibilidades sólo son dos: ¿queremos ser civilización o queremos ser barbarie?.

La primera parte del dilema nos refiere a un otro que se admira, se respeta, se sobreestima al punto de querer ser él. La segunda nos refiere a otros a los que se subestima, se desprecia, se combate porque resultan amenazantes, feos, ignorantes, primitivos, esto es, diferentes del prototipo anterior.

La alteridad se hace presente como fuerza social real cuyo poder y fuerza se experimentaba ya como amenaza, ya como esperanza, como condena o como salvación, como vergüenza o como orgulloso afán de un sí mismo precario, frágil y tan desconcertado que resulta incapaz de distinguir entre lo propio y lo extraño. Visto así, el dilema enunciado por Sarmiento se parece, más bien, a una paradoja: como si se tratara de un sujeto histórico vacío de identidad y cuya única posibilidad de identificación se jugara en la decisión de qué otro ser. Como si las únicas posibilidades para este sujeto histórico radicarán en ser un reflejo, una sucursal de algún otro. La elección queda reducida, entonces, a la siguiente cuestión: ¿de qué otro tomar mi identidad?

Un extremo del dilema nos presenta una alteridad sacralizada con el significativo "civilización". Este sujeto histórico es Europa, y dentro de ésta, en primer lugar, Francia, luego Inglaterra y, finalmente, los Estados Unidos de Norteamérica. Europa constituye para ellos, la gran alteridad, admirada y anhelada al punto de querer ser ella. Desde este afán conciben su proyecto de país. Se trata de un movimiento de acercamiento a un otro para adoptar sus valores, hábitos e ideas, sus modos de leer la realidad, de juzgarla y de relacionarse con ella. Un acercamiento guiado por el afán de ser asimilado por el otro, lo cual nos acerca demasiado a la posición de sumisión al otro. En consecuencia, habrá que trabajar duramente para hacer desaparecer las diferencias que tan brutalmente distinguen y distancian a esta América del Sud de Aquella Europa, cenit de la civilización. Soñarán pues, con construir un país cuyas instituciones, leyes, gobierno, religión y hasta

sus vestidos sean europeos. Dolorosa experiencia de alienación que da cuenta a estas alturas de una conciencia de sí totalmente fundida con la conciencia del otro. Sólo así se entiende que se presente como un representante de la República Argentina Europea! Sólo así se entiende su sorprendente declaración por la cual se reconoce como un orgulloso traidor a la causa nacional y americana.

En el otro polo del dilema, reunidos bajo el estigma de la barbarie encontramos a una serie de personajes de la historia nacional y Sud Americana, (Rosas, Facundo, Artigas, López, Francia, Bolívar, etc.), así como a otredades identificadas por su origen étnico, filiación política, identidad religiosa. Están dentro de la realidad americana y constituyen una fuerza social amenazante.

El gran adversario de Sarmiento, don Juan Manuel de Rosas, es a sus ojos la reencarnación de Facundo Quiroga, el gran caudillo riojano, al que describe como *provinciano, bárbaro, valiente, audaz*. Rosas es su *heredero, su complemento*. Lo que en Facundo era *instinto, iniciación, tendencia* ha llegado a ser en Rosas *sistema, efecto y fin*.³⁰ Además, este modo de ser, bárbaro, sanguinario, y despótico del gobierno de Rosas no nos ha venido de afuera. Es la misma República Argentina la que lo produce. La barbarie está dentro:

[...]La República Argentina, (que), después de veinte años de convulsión interna, de ensayos de organización de todo género, produce, al fin, del fondo de sus entrañas, de lo íntimo de su corazón, al mismo doctor Francia en la persona de Rosas, pero más grande, más desenvuelto y más hostil, si se puede, a las ideas, costumbres y civilización de los pueblos europeos³¹.

Buscará entonces los factores explicativos de la barbarie. ¿Qué hay en la realidad nacional que llega a ser posible esta manera de ser de un pueblo? Sólo develando este enigma será posible desarticular sus soportes para dar lugar al otro modo de ser que se pretende, el de la civilización.

30. *Op. Cit.*, p. 53.

31. *Op. Cit.*, p. 57.

Como factores explicativos del problema menciona: 1) la configuración del terreno y los hábitos que él engendra, 2) la barbarie indígena, 3) las tradiciones españolas y una conciencia nacional *inicua* y *plebeya* producidas por la inquisición y el absolutismo hispano.

El primer factor es fundamental porque para él el campesino argentino es un resultado de la naturaleza y de la falta de sociedad en la que vive. Al respecto nos dice:

La inmensa extensión de país que está en sus extremos, es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no han surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: [...] ³².

El país se le presenta como un gran espacio vacío, gran inmensidad sin límite, sin control. Pura naturaleza, en total ausencia de cultura. Es un espacio que el hombre no ha hecho suyo aún, esto es, vacío de humanización. En semejante inmensidad territorial las ciudades constituyen "*estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto*" ³³. Para Sarmiento la *civis* es el centro de asociación verdaderamente humana, ningún medio de civilización y de progreso puede darse fuera de ella. Ella implica un objeto público, leyes, sujeción a una autoridad, condiciones de vida que están ausentes para el gaucho argentino. Fuera de la ciudad el hombre vive disperso, y como todo lo que habita en la pura naturaleza, es un salvaje, su vida discurre fuera de toda cultura. Resulta entonces, un tipo humano fuerte, altivo, valiente, que *rechaza con desdén el lujo y las costumbres de la ciudad* ³⁴. El campo desarrolla sus capacidades físicas, no su inteligencia, así como un fuerte sentimiento de la importancia individual y de la superioridad de la fuerza. Finalmente señala en él cierta pereza natural justificada por la falta de estímulo que provienen de la soledad y del aislamiento.

La pulpería, único lugar de reunión en la campaña, es descrita como *una asamblea sin objeto público ni interés social* ³⁵. Por tanto será considerada como una asociación desasociada, ficticia. No puede

32. *Op. Cit.*, pp. 68-69.

33. *Op. Cit.*, p. 77.

34. *Op. Cit.*, p. 74.

ser real si no hay en ella bien público, ni negocios municipales, ni autoridad constituida y organizada. La Revolución de 1810, cuyo espíritu e intereses eran enteramente extraños a la vida campestre, propició sin embargo, un nuevo tipo de asociación, 'la montonera'³⁶ provincial, asociación bélica a la que presenta como "*enemiga de la ciudad y del ejército patriota revolucionario*"³⁷. Con su expansión y triunfo ellas terminan por dominar las ciudades, imponiendo allí el gobierno de Rosas.

En síntesis, para Sarmiento la conjunción de un territorio inmenso, una naturaleza prácticamente pura, sólo ha dado lugar a una vida que no puede ser otra cosa que salvaje. A su parecer, la enorme fuerza vital que emana de la campaña vino a constituir un movimiento de resistencia a todo intento de delimitación y organización racional del espacio, de sus recursos y de la vida misma, sin lo cual toda civilización es impensable. Aún así, su fuerza expansiva y destructiva se hizo presente a las ciudades, tomó sus instituciones y su gobierno e intentaba perpetuarse como el modo de ser más argentino, como la identidad más nacional y americana. Dicho principio americano constituirá para Sarmiento la radical alteridad, frente a la cual sólo cabe el combate, la conquista. Conocer para conquistar, dominar y, si es necesario, hacer desaparecer como condición de posibilidad de la propia identidad.

El segundo factor explicativo es de orden étnico, porque el pueblo que habita estas comarcas se compone de dos razas, la española y la indígena. A diferencia de los conquistadores de Norteamérica, los españoles se mezclaron con los indígenas y, en menores proporciones, con la raza negra.

De la fusión de estas tres familias ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial [...]³⁸.

35. *Op. Cit.*, p. 105.

36. La palabra "montonera" tiene su origen en "montón", es decir, un conjunto desordenado y numeroso de cosas. ("Ser uno del montón" es ser ordinario y vulgar). Así, en las guerras civiles americanas el término montonera designa a un grupo numeroso y desordenado de gente armada a caballo.

37. *Op. Cit.*, p. 110.

38. *Op. Cit.*, p. 75.

Esta mezcla es totalmente negativa para Sarmiento:

Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido³⁹.

El texto es demasiado elocuente. Amor a la ociosidad, incapacidad para el trabajo duro y seguido, ignorancia, natural dispersión, pereza racial: con todo eso no se construye ni un gramo de civilización ni de progreso. Es importante resaltar que esta incapacidad que denuncia en los americanos es racial. Se trata de una determinación étnica que parece destinarlos a la barbarie. Afirma categóricamente que *todo progreso moral, toda cultura de la inteligencia, en fin, toda civilización resultaba del todo irrealizable* allí, imposible donde *la barbarie es normal*⁴⁰. Se entiende entonces que en su proyecto de gobierno ponga tanto énfasis en la necesidad de abrir las puertas a la inmigración europea. En relación con la barbarie indígena pues, no parece haber posibilidad de asimilación, o de síntesis alguna. Civilización y barbarie indígena parecen guardar entre sí una relación de marcada oposición, rige entre ellas una lógica de exclusión. Se trata de dos modos de vida, de dos mundos que no pueden coexistir. El triunfo de uno de ellos supone necesariamente la desaparición del otro.

Como tercer factor explicativo señala *una conciencia nacional* que él juzga *inicua y plebeya*. Dicha conciencia se habría formado a instancias de la impronta española, mencionando expresamente dos rasgos: la inquisición y el absolutismo hispano. Sarmiento no es una excepción entre los escritores de su generación. Su hispanofobia es evidente a lo largo de la obra. España representa para él un principio europeo, pero medieval, oscurantista, y despótico⁴¹. Su visión es la visión de la Europa moderna. Así, hay expresiones que traducen un incontenido lamento por los colonizadores que nos tocaron en suerte. Que no se entienda mal, no se lamenta por ser colonizado, sino por no haberlo sido por ingleses o franceses. El legado español, a su criterio,

39. *Op. Cit.*, p. 76.

40. *Op. Cit.*, p. 80.

41. *Op. Cit.*, p. 56.

42. *Op. Cit.*, p. 305.

parece, en cierto sentido, acercarnos a la civilización, en otro, parece haberse aliado a la barbarie americana.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

EN EL INTENTO POR entender la lectura de la realidad americana y la perspectiva decididamente eurocéntrica en la que se ubica nuestro autor queremos llamar la atención sobre algunos elementos de la filosofía de la historia presentes en el *Facundo* y en su proyecto nacional.

1. Visión de la historia como 'una': la modernidad había declarado la unidad de todo el género humano al reconocer que todos los hombres somos iguales por naturaleza. Por tanto, la historia en su conjunto es la historia de 'la humanidad'. En el último capítulo, el autor nos transcribe algunos fragmentos del acta original de fundación de la llamada 'Asociación de Mayo' o 'Joven Argentina', a la que reconoce pertenecer. En dicha acta se declaran creyentes en:

"Que todos los hombres son iguales"; "Que todos son libres, que todos son hermanos, iguales en derechos y deberes"; Libres en el ejercicio de sus facultades para el bien de todos"; "Hermanos para marchar a la conquista de aquel bien y al lleno de los destinos humanos"; "En el progreso de la humanidad; teniendo fe en el porvenir"; "Que no puede existir fraternidad ni unión sin el vínculo de los principios"; "Y deseando consagrar sus esfuerzos a la libertad y felicidad de su patria y a la regeneración completa de la sociedad Argentina"⁴²

Abrazando estos ideales interpretan la historia como la historia del progreso de la humanidad.

2. La historia es vista como un proceso regido en su conjunto por una ley, una racionalidad universal que impulsa a todos los pueblos a grados de mayor perfeccionamiento, al progreso indefinido. Así nos lo dice: *es ley de la humanidad que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin, de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes y de las preocupaciones estacionarias*⁴³. El fin al que tiende la historia es el progreso.

43. *Op. Cit.*, p. 59.

3. En la historia Sarmiento advierte la presencia subyacente de un plan providencial. Desde las primeras páginas se pregunta: *¿no hay nada de providencial en estas luchas de los pueblos?*⁴⁴ Efectivamente para él la historia es un drama cuyo gran dramaturgo es Dios y los grandes personajes del drama son simples instrumentos de la providencia:

Así la providencia realiza las grandes cosas por medios insignificantes e inapercibibles, y la unidad bárbara de la República va a iniciarse, a causa de que un gaucho malo ha andado de provincia en provincia, levantando tapias y dando puñaladas⁴⁵.

Sarmiento es optimista: *nunca el mal ha triunfado definitivamente*. Por tanto, a pesar de que Rosas aún está en el poder, trabaja en el convencimiento de que su caída es un hecho necesario, fatal.

Facundo y Rosas, son instrumentos ciegos de la providencia, pero también lo es la nueva generación de jóvenes que,

se interroga, se agita, se comunica, y al fin, se asocia, indeliberadamente, sin saber fijamente para qué, llevada de una impulsión que cree puramente literaria, [...], para salir de allí compacta y robustecida, a luchar con el poder⁴⁶.

Desde esta perspectiva, las guerras civiles posteriores a 1810, son vistas como lecciones necesarias para la educación de un pueblo cuyo porvenir, de pronto, se halló en sus manos jóvenes e inexpertas. *¿Qué sabíamos de libertad, de soberanía, de administración, de gobierno, antes de 1810?*. Entonces exclama: *¡Cuántas lecciones! ¡Cuánta experiencia adquirida! ¡Nuestra educación política está consumada!*⁴⁷

4. Rige en la historia un determinismo mesológico que se continúa en un determinismo étnico, idea muy propia del historicismo romántico. Según esto, un determinado escenario natural, su relieve, clima, flora y fauna influye de tal modo en sus habitantes que termina introduciendo

44. *Op. Cit.*, p. 58.

45. *Op. Cit.*, p. 171.

46. *Op. Cit.*, p. 303.

47. *Op. Cit.*, p. 322.

determinaciones raciales, de las cuales se desprenderán luego, aptitudes, incapacidades, hábitos, costumbres propias de cada comunidad humana. Así, podemos encontrar zonas distantes entre sí, pero con características semejantes, cuyos habitantes revelan modos de ser en muchos sentidos comunes, producto de esta influencia del medio sobre el hombre: [...] *modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. [...]; así, encontramos en los hábitos pastoriles de la América, reproducidos hasta los trajes, el semblante grave y la hospitalidad árabes*⁴⁸.

Sarmiento fue un lector incansable de las últimas ideas y teorías en boga en los centros culturales europeos, entre ellas adhirió también, a la fuerte oleada de racismo que impregnó el siglo XIX europeo. Así pues, encontramos en el *Facundo* pasajes en los que recurrentemente se homologa la barbarie americana a los modos de ser de los pueblos árabes. El gaucho es un *beduino americano*; toda la vida americana está recubierta de un *tinte asiático*. Semejanza de escenarios, de costumbres y, sobre todo, semejanza étnica: los indígenas, los gauchos y los árabes son tipos humanos que encarnan la barbarie⁴⁹. A todos ellos los caracteriza, por un lado, por una pereza natural a la que los destina la propia etnia haciéndolos incapaces de dedicarse a un trabajo sostenido, y, por otro, por una total ausencia de sentido moral, propia del hombre ilustrado, occidental y cristiano. Lo árabe y lo americano constituyen una alteridad negativa, la antítesis de la civilización; en cambio, hay en ellos una incapacidad biológica para el progreso que los confina a ser pura naturaleza, pura barbarie. El progreso, en sus manos *está sofocado*. Reyes Mate expresa el pensar de Sarmiento así: *se puede ser indio o turco pero no moderno. [...] Hay que optar entre ser bárbaro o ser moderno*⁵⁰. Finalmente, este determinismo étnico les permitió a los modernos, en nombre de la civilización, descalificar y combatir a estos grupos humanos con el argumento de su incompatibilidad racial con el progreso⁵¹.

48. *Op. Cit.*, p. 88.

49. *Op. Cit.*, p. 114.

50. FEIERSTEIN, Daniel, *Tinieblas del crisol de razas: ensayos sobre las representaciones simbólicas y espaciales del otro en la Argentina*, Calamo de Sumer, Buenos Aires, 2000. p. 21.

51. Cfr. Fernández Retamar, R., *Algunos usos de civilización y Barbarie*, Ed. Letra Buena, Buenos Aires, 1993. pp. 213-226. El autor deja constancia de que este racismo de 1845 se manifiesta intacto en 1883 cuando se expresa en la obra inconclusa del para entonces viejo Sarmiento: *Conflicto y armonía de las razas en América*.

Estas otredades aglutinadas en el polo de la barbarie están fuera de Europa, son por tanto, no civilizados, no modernos, no cultos, ignorantes, atrasados. Según sus expresiones, en ellos descubre fácilmente la fuerza ciega del instinto, tan controlada y genialmente sublimada por la racionalidad occidental. Cabe pensar entonces, que la lucha de civilización y barbarie no es exclusiva de América.

5. Concepción de la historia como conflicto: La guerra de la civilización contra la barbarie es un conflicto que atraviesa y recorre todo el escenario de la historia universal. A lo largo de todo el devenir histórico encuentra estas dos entidades que se niegan y, al mismo tiempo, se implican mutuamente. Se implican en tanto cada una de ellas se define por la negación de la otra. Ambos conceptos exigen, para ser lo que son, la exclusión del otro. No hay posibilidad de síntesis: o triunfa la barbarie o triunfa la civilización. Feinmann destaca el método antitético⁵², y antidualéctico, expresión de una radical elección política del autor: el progreso consiste en la negación que nuevas formas de civilización ejercen sobre las antiguas, o que la civilización ejerce sobre la barbarie.

En tal sentido, la opción por el ideal europeo del progreso exigía como condición necesaria la eliminación del adversario. Ello podría consistir en la negación y eliminación simbólica del otro por asimilación, en caso de que el otro fuera asimilable, o su negación y eliminación física en caso de que resultase inasimilable. Eliminación del otro convirtiéndolo en otro yo, dejándole como condición de su existencia ser como yo, o bien, exclusión y desaparición total del otro. Son dos casos en que persiste la resistencia o imposibilidad de reconocer el derecho a existir de las diferencias, que tiene como base el viejo y nada superado hábito etnocéntrico, devenido, en este caso, en eurocéntrico. En las expresiones de Sarmiento no parece haber más civilización que la Europea. De allí que la disyuntiva que vertebra el libro, ser o no ser salvajes, parece consistir en ser o no ser europeos.

52. FEINMANN, José Pablo, *Filosofía y Nación*, Ediciones Ariel, Buenos Aires, 1996.

CONCLUSIONES

ESTE PROYECTO DE PAÍS es sustentado por una minoría ilustrada cuya ideología se fue forjando a instancias de la ilustración, sobre todo francesa, y del historicismo romántico de fuerte influencia entre 1837 y 1845. Sus hombres saben que constituyen una minoría pues la gran masa del pueblo carece de instrucción. Subestiman al pueblo y desconfían de él. Sus modos de vida, tradiciones y creencias son vistos como factores retardatarios de la historia nacional. Consecuentemente, se va produciendo una especie de distanciamiento creciente entre el saber de nuestros intelectuales y la vida real del pueblo para terminar convirtiéndose en extraños respecto de él.

Aún así, se conciben como los hacedores de la historia, sus guías y conductores. Conciben que el éxito de su misión de acción positiva, se funda en su condición de ilustrados. Siendo esta condición tan excepcional en el incipiente país, se comprende que su autoconciencia se vaya deslizando vertiginosamente hacia un mesianismo histórico que al decir de Julio De Zan los hará creer que su misión era *suplantar la realidad por su propia ideología*. Su proyecto de país sólo reflejaba las ideas, intereses y sueños de este reducido sector de la vida nacional y su punto de partida no era la realidad dada, sino un titánico esfuerzo de negación de dicha realidad para construirlo todo con el ejercicio del pensamiento. El país para el que luchaban, no existía, era una idea forjada a instancias del ideal de la civilización y el progreso y el pueblo que lo haría realidad era un pueblo ideal presente sólo en el pensamiento de estos intelectuales que parecen concebir que la verdad es la adecuación de la realidad a sus propias ideas. Para ello fue necesario un primordial acto de negación y ruptura que convirtiera lo propio en lo ajeno. Al fin, se trataba de completar el proceso que en ellos mismos había comenzado con la trágica confusión de lo ajeno con lo propio. Coincidimos con Korn: este proyecto político *no surge como una exigencia del alma nacional sino como una negación de ésta*⁵³.

Primera conclusión: este proyecto nacional exige, como condición

53. KORN, Alejandro, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Solar, Buenos Aires, 1983. p. 151.

necesaria, la negación, la exclusión y finalmente la eliminación de *ese tipo humano que constituía el tronco fundamental de la nacionalidad*, esto es, el ethos hispanoamericano. Estamos ante el proceso de ideación, expresión literaria y luego implementación política de un proyecto identitario nacional cuyos fundamentos dan cuenta de sucesivas negaciones de vastos sectores del propio pueblo. Dichos sectores constituían lo indeseado de la propia realidad ante lo cual llevaron a cabo un proceso de conversión simbólica de lo que era *entrañablemente* nuestro, en *extraño*, ajeno, hasta enemigo de lo que se deseaba ser. La negación simbólica, se continuaba con la negación física y se completaba con la sustitución por otra población de mejor calidad racial y cultural. Se trató de un gigantesco esfuerzo para que la realidad obedezca a una ideología y termine siendo lo que ella le manda ser. Y la ideología de Sarmiento y los suyos le manda a la realidad nacional ser *República Argentina Europea*, y ajustar su historia, su porvenir, a la ideología del progreso. A sus ojos la otra posibilidad consistiría en ser salvajes.

Los mismos términos en que se expresa el problema –*civilización o barbarie*– contienen ya un juicio por el cual las realidades identificadas con el primero quedan sacralizadas y las que responden al segundo, condenadas. Ahora bien, de tal valoración no resultan, en el caso de Sarmiento, otredades consideradas como semejantes, sino, más bien, alteridades concebidas como superiores o inferiores. No hay semejantes en el juicio sarmientino. El sujeto que así juzga se desliza continuamente de una sobreestimación a una desvalorización de sí mismo, imposibilitado, pues, para elaborar un juicio justo sobre sus propias limitaciones o riquezas. La labilidad de esta autoconciencia permanece en su inadecuación e injusticia cuando se proyecta para juzgar a los otros.

Distinguimos, pues, tres movimientos a través de los cuales Sarmiento va forjando la identidad que pretende para Argentina: 1) acciones por las cuales se convierte lo ajeno en lo propio, es decir, funde su conciencia, sueños, temores e intereses con los de Europa, 2) efecto necesario de lo anterior, se convierte lo propio en lo ajeno, se procede a la construcción de otredades en el seno de la realidad nacional. Así, los nombres de: indio, gaucho, negro, no designan ya algo propio, sino las presencias más impropias de la realidad nacional (los otros de

adentro, la barbarie interior) y 3) movimientos, tendientes a lograr la sumisión de la barbarie interior al proyecto civilizatorio con su ideal de progreso, encarnado en esta élite ya civilizada por el ideario de la modernidad y cuyo privilegiado centro de acción se localizaría en Buenos Aires. En este último caso las acciones planificadas contemplan dos posibilidades, mutación identitaria o sustitución poblacional.

Segunda conclusión: si nuestras acciones en relación con los otros sólo conocen estas posibilidades, es decir, me someto al otro y me fundo con él, o bien, lo someto a mi, obligándolo a ser lo que yo juzgo que debe ser, un reflejo o sucursal de mi, entonces las relaciones de alteridad discurren siempre en sentido vertical, soy el que somete o el que es sometido. En ambos casos encontramos un reconocimiento de las diferencias pero interpretadas y vividas como problemas, como obstáculos para la propia identidad por lo que se intentará hacerlas desaparecer a través de expansivas estrategias de asimilación. Estamos ante una identidad con pretensiones de absoluto, incapaz de asumir su propia contingencia, es decir, su modo relativo de ser. Sostenemos pues, que una única dinámica subyace a todos estos casos: la permanente exclusión de lo diferente, dinámica que atraviesa la historia de la nación Argentina, y se recrea en el presente. Se trata de un juicio de valor constituido en opción fundamental que determina a priori la mirada e interpretación de la realidad local y, finalmente, la capacidad y la dirección de lo que se ha de amar y odiar. Se trata de una praxis histórica y de la elaboración de su teoría legitimante muy semejante al cumplimiento de un mandato; condición de inconsciente dependencia de un sí mismo enajenado. Hemos sido colonia y no hemos dejado de serlo, a pesar de la independencia política. En esta situación nuestra vida intelectual no fue precisamente una excepción. Alejandro Korn lo expresaba así:

“[...] la vida intelectual, sobre todo, obedece, con docilidad, ahora como antaño, al influjo de la mentalidad europea. El genio nacional rara vez ha encontrado una expresión genuina e independiente[...]⁵⁴.”

54. *Op. Cit.*, p. 43.